





11.

Perro negro: el mendigo del amor

Ella rescató mi cuerpo del frío mundo y del desprecio de una sociedad que me había desechado; impulsada por el eco de su propia soledad. Y no la culpo por ello. Quizás ambos nos necesitábamos más de lo que estábamos dispuestos a admitir. En mi caso, el calor tibio de sus lamentos incesantes llenó un abismo de apetito afectivo: un vacío que no sabía que llevaba a cuestras. ¡Patético! ¡Qué amargo es reconocer esta carencia! ¡No hay humildad en confesarlo! Solo un peso cargado de autocompasión y desdén. Un corazón callejero como el mío: maltratado, astillado y mugriento; que arrastra las cicatrices de una vida breve pero densa, marcada por el trajín y el abandono, en donde ahora soy leal a la mano que me alimenta, no por amor, sino por el terror de volver a sentir el gélido vacío de la soledad.

Cada día, su voz se quiebra con una melancolía que parece eterna. Me susurra relatos de un pasado roto, donde los sueños fueron despedazados y las esperanzas se desvanecieron como el humo, convirtiéndome en el silencioso depositario de sus penas. Soy un testigo mudo de su desolación, y veo en sus ojos perdidos la propia desesperanza reflejada, como en un espejo cruel. Cada noche, bajo la luz de las estrellas, la escucho sollozar en la penumbra, como un eco desgarrador de mi propia angustia. Es una sinfonía de aislamiento que me impulsa a arrastrarme hacia ella, buscando aliviar su dolor, aunque sé que nuestras heridas son demasiado profundas como para cerrarse con tan básicos gestos.

Es en esos momentos cuando comprendo que nuestro vínculo trasciende la mera necesidad. Somos dos almas extraviadas, atadas por el infortunio y un anhelo compartido de calor, en un mundo que nos ha congelado el alma. Y es precisamente en ese desamparo donde hallamos, el uno en el otro, una razón para no rendirnos.

Con el pasar del tiempo, aprendimos a habitar nuestro pequeño refugio, compartiendo silencios cargados de simbolismo y destellos de una paz efímera. El amor verdadero nunca brotó entre nosotros, pero en nuestra mutua dependencia descubrimos un extraño alivio: entre caricias que, por momentos, me devolvían un atisbo de humanidad, y miradas en las que ella encontraba destellos de ternura y nobleza, como una invitación a creer de nuevo en sí misma y en los demás.

Así, juntos, ahuyentamos el frío y la oscuridad que el universo había tendido sobre nuestros caminos.



Escanea este código.
Cierra tus ojos y deja que la música
de esta historia,
guíe tu alma hacia un nuevo viaje.

